

sabe discernir entre la elocuencia y la elocucion, que es la corteza de aquella. Siempre se observará que eligen las razones mas fuertes y propias para mover: que las presentan con orden y á las mejores luces: que usan de imágenes vivas, de rasgos felices, de figuras grandes y animadas; en una palabra, que sus discursos son persuasivos y penetrantes, y mucho mas agradables que los de todos los escritores de su tiempo. ¿Qué diferencia por ejemplo no se halla entre el modo vano, afectado y pueril de Libanio, y el sentido perfecto y bien compendiado, la energía, exactitud y verdadero aticismo de San Basilio, y aun la abundancia, un poco asiática, pero siempre sólida é interesante, de un San Juan Crisóstomo? ¿Qué diferencia no se advierte entre el pedantismo de Simaco, y la natural amenidad, y la noble y limpia sencillez de un San Ambrosio?

Pero hablemos de lo que mas importa: ¿qué unánime conformidad en este eredito número de doctores en cuanto al fondo de las cosas, en todos los puntos capitales y en cada artículo de nuestra creencia reconocido como tal por la Iglesia! Ni lo distante de los lugares en donde habitaron en las tres partes del mundo conocido, ni la diferencia de costumbres, de ideas, de gustos y de idiomas, ni la distancia de los tiempos contando desde esta época hasta llegar á los primeros discípulos de los Apóstoles, nada de esto causó la menor diversidad en la enseñanza pública ni en la creencia: todo concurre á formar esa cadena de tradicion oral, no menos fija que el depósito de la revelacion de la Escritura, cuyo complemento es. No hay duda que en esta multitud de hombres de ingenio se advierte la rica variedad de talentos naturales, y los dones que recibieron del cielo; y así se admirará particularmente en San Atanasio la sagacidad y fuerza del razonamiento; en San Ambrosio, la suavidad y dulzura del estilo; en San Juan Crisóstomo, una elocuencia brillante y patética; en San Basilio, la noble elegancia y precision; en San Gregorio, la sublimidad junta con la exactitud, que le grangearon el dictado de *Teólogo*; en San Gerónimo, el nervio y la erudicion; y por último, la mayor parte de estos esti-

los empleados en diferentes lugares por San Agustín, segun que los considera mas útiles para la Iglesia; pero al mismo tiempo se hallará en todos ellos una invariable conformidad de doctrina y la mas perfecta uniformidad en todos los puntos definidos por la Iglesia. No obstante ser tan atractiva la materia, y tan natural al hombre la inclinacion á ponderar y á trabajar de imaginacion en el fondo inagotable del dogma y la moral, estos santos maestros, muy diferentes de los retóricos y filósofos, nunca aspiran al mérito de la invencion, antes la miran como la tacha mas vergonzosa para sus escritos y sus personas; toda su gloria doctoral la ponen en recoger fielmente las verdades mas conocidas, y transmitir las despues sin la menor sombra de alteracion. La mayor ventaja que pretenden llevar á sus émulos los herejes, es convencer al universo de que no se portan así estos vanos y falsos doctores.

La regla de los Concilios generales, órganos infalibles de la Verdad increada, es el sentido que da á las Escrituras el torrente de los Padres, ó la uniformidad y perpetuidad de la creencia y enseñanza en los Doctores y Pastores de las diversas iglesias; y así se procedió, siguiendo el ejemplo del primer Concilio ecuménico, en los de Constantinopla, Éfeso y Calcedonia, y todos cuatro se comparan con los Evangelios en el derecho que tienen á nuestra sumision: todos cuatro se celebraron en los ciento veintiseis años que podemos considerar en esta primera edad como el tiempo de la adolescencia de la Iglesia, que era en el que, si podemos decirlo así, este vasto cuerpo debia naturalmente experimentar mas fermentacion; y así, si entonces se sintió todo el choque de humores, de pasiones y de opiniones, tambien entonces se examinaron, se aclararon y quedaron sentados para siempre todos los principios que debian calmarlas y arreglarlas, y todos los puntos fundamentales de la doctrina de la salud.

Sin embargo, poco tiempo despues se vieron la relajacion mas estraña y los mas tristes escándalos. Nada mas horrible que la pintura de las costumbres africanas, que presto veremos en los vehementes escritos del sacerdote Salviano. Casi con igual ener-

gía hablan San Gerónimo y San Crisóstomo de los abusos que ellos tenían á la vista. San Gerónimo, tan respetuoso para con la Iglesia romana, dice, no obstante, que habia penetrado el contagio hasta en aquel augusto santuario, y que habia en él algunos eclesiásticos tan entregados á esa afectacion que siempre es señal de la frivolidad de las costumbres, si es que no demuestra su corrupcion; que algunos clérigos solicitaban los empleos que menos los alejaban del trato con las mugeres, y que habia otros que mas avaros que voluptuosos procuraban agrandar á las señoras ancianas y opulentas para lograr sus liberalidades testamentarias. En las advertencias que á los clérigos de su iglesia hace el elocuente patriarca de Constantinopla, se ve que los griegos solo se diferenciaban de los latinos por su mayor destreza en paliar y legitimar de algun modo sus relaciones sospechosas con las personas del otro sexo. ¿Qué tempestad no suscitó contra este pastor vigilante el haber afeado la asociacion de los clérigos con estas personas, que ellos llamaban hermanas adoptivas y el público mugeres subintroducidas? Júzguese de la grandeza del mal por los escesos á que llegaron los culpables, los cuales no pararon hasta conseguir fuese desterrado el santo obispo, destierro cruel en que al fin falleció á fuerza de los continuos malos tratamientos que en él sufría; pero adviértase tambien el valor episcopal con que sostuvo las costumbres y la buena disciplina en medio de tantas calamidades.

Si se vió asimismo que la ambicion solicitaba el obispado, tambien se vió resucitar la pureza severa de los antiguos cánones. Ya se iban pasando aquellos tiempos dichosos, en que unas veces era preciso arrancar por fuerza de su gruta á un humilde solitario para que subiese á la cátedra pastoral, y otras poner guardias á un lego virtuoso temiendo se quisiera evadir de ella huyendo. Pero contra esta licencia profana la Iglesia invocó las potestades encargadas de su proteccion exterior y se pusieron en vigor los cánones que declaraban indigno del obispado al que no era elevado á esta dignidad á pesar suyo.

Llegaron la relajacion y los abusos hasta

la clase privilegiada de fieles, que por tanto tiempo habia sido la edificacion y el mas dulce consuelo de la Iglesia. El espíritu de error y de parcialidades todo lo confundió entre los solitarios que eran casi innumerables en el imperio de Oriente. Bebieron muchos de ellos en los principios de Eutiques el gusto de la independencian, de la sedicion y de la rebelion declarada. Los atentados de los hereges escitaron algunas veces entre los católicos el entusiasmo y la rivalidad, y así se verá una tropa de quinientos monges, que saliendo del monte de Nitria hicieron una irrupcion en la capital de Egipto, y pusieron sus manos violentas en el gobernador, porque se mostraba contrario á los defensores de la sana doctrina. Se verá que en los alborotos del origenismo, los hereges, que eran partidarios de Teodoro de Cesarea y de Domiciano de Ancira, formaron un ejército de los monges que habian sido sus hermanos, y sitiaron las lauras católicas, y dieron asaltos y batallas con todos los espectáculos de la guerra, é inundaron de sangre toda la escena.

Pero ¿qué prueba mayor que ver las tres Sillas del Oriente ocupadas por los eutiquianos, la iglesia imperial abandonada á la perfidia de Acacio, la de Alejandria sucesivamente hecha presa de Timoteo Eluro y de Pedro Mongo: ver á otro Pedro dejar el mazo del batan por el cayado pastoral, y manifestar en la augusta Silla de Antioquia unos sentimientos indignos aun de la mas vil profesion? Mas aún corrió la Iglesia mayor peligro bajo el tirano Basilisco, que hizo condenar por quinientos obispos los santos decretos de Calcedonia, y tal vez aquel Henótico del emperador Zenon, que establecia la igualdad entre la verdad y la heregia, fué un lazo mas peligroso que el escándalo de Basilisco.

En Occidente, al primer aspecto de los nuevos peligros que va á correr la Iglesia abandonada con los restos del imperio á la ferocidad de veinte pueblos bárbaros, ¿quién no la creería mas vacilante aún que en medio las sectas orientales? Pero la serie de los sucesos servirá para que mejor entremos en las miras del Eterno Conservador del edificio de su Cristo, el que, como piedra angular sobre la cual se levanta, rompe cuanto

llega á tropezar con ella, ó como nave invencible precipita y sumerge con su mole las frágiles barquillas que se le oponen al paso. La Iglesia parece que debía verse abatida, trastornada, aniquilada con las violentas irrupciones de los que arruinaron el trono de los Césares: y fué tan al contrario, que ella triunfó de los vencedores que habian triunfado de los que eran dueños del mundo.

Ella no solamente imprimió el respeto por medio de sus humildes ministros en el terrible Atila, llamado con tanta razon el azote de Dios, y en Odoacre, el despreciador ó destructor de la dignidad imperial, sino que impuso su yugo al mayor de estos nuevos potentados. «Baja tu cabeza, soberbio Sicambro, dijo al fundador de una de aquellas potencias que todavía tiene entre ellas el primer lugar, adora lo que blasfemabas y quema lo que has adorado.» Los anglo-sajones pusieron el colmo á la desgracia de la Gran Bretaña, que los habia llamado á socorrerla. Enjambres de opresores en lugar de libertadores acuden continuamente á aquella hermosa conquista, y establecieron en ella hasta siete tiranos; pero despues de haber subyugado los pueblos y los príncipes, los vereis abrazar el culto santo y las leyes de los vencidos, y hacer del teatro de sus robos la tierra de los Santos y el asilo mas seguro de la Religion.

Si los bárbaros infestados de la heregia se mostraron mas enemigos de la verdadera fé que los idólatras, tambien la proteccion del Señor para con su Iglesia resplandecerá mas claramente en la obediencia sincera que á su vez la rindieron. Admiramos desde luego la economía de la Providencia divina, que no les permitió traspasar los términos en que los tenia encerrados hasta que el arrianismo, destruido ó por lo menos infamado en el imperio, no tenia ya nada de seductor, y que sus feroces y groseros secuaces podrian hacer mártires, pero no apóstatas. Entonces aquellos bárbaros que habian manifestado mas adhesion á las impiedades de Arrio, esto es, los suevos, á ejemplo de su rey Teodomiro, y los visigodos, siguiendo las pisadas del piadoso Recaredo, se señalaron en la fé católica sobre todas las naciones antiguas y modernas, y

el título de Católico fué para su monarca el mas lisonjero, y para sus pueblos el mas venerado.

Si el vándalo endurecido se obstina en el error, la divina justicia rompe el cetro en la mano que no quiso rendirse á la clemencia, y de la misma obstinacion de los perseguidores sacó las mas preciosas ventajas para los fieles. La iglesia de Africa, desfigurada antes de estas pruebas con las manchas mas abominables, perdió el incentivo de esos vicios que se consumen en el crisol de las persecuciones, y de ellas salieron tan puras y vigorosas su virtud y su fé, que ya no se las verá desmentirse. Para arruinar el cristianismo en Africa se verán precisados los secuaces de Mahoma á esterminar á los mismos africanos y á compartir con los tigres y leones su dominacion destructora. En una palabra, la fé cristiana triunfará tan perfectamente de la idolatría y de la bárbara heregia, que antes de acabarse el siglo sexto, todos aquellos nuevos señores, los hérulos, ostrogodos y lombardos en Italia; los visigodos, alanos y suevos en España; los francos y los borgoñones en las Galias, ó perderán sus coronas y sus nombres, ó abjurando la impiedad rendirán sus homenajes al Hijo de Dios y á su Iglesia.

Es verdad que la mayor parte de aquellos primeros príncipes que con tanto dolor habia engendrado la Iglesia, la hicieron experimentar otras muchas amarguras, y affligieron sobre todo á esta madre tan tierna, mirando con negligencia su interés capital en el negocio únicamente necesario de la salvacion; pero al mismo tiempo que hacian en sus propias almas mortales heridas, perseguian á lo menos los vicios extraordinarios y alababan las virtudes que no chocaban de frente con sus inclinaciones; y aun muchas veces sucedia que, con una rectitud conforme á sus duras, pero íntegras, costumbres, daban contra sí mismos la sentencia, y se entregaban á tales penitencias que se veia precisada á moderarlas la prudencia de los pastores. Su fervor impetuoso y pasajero, si se quiere, ignoraba al menos esas lentitudes de la circunspeccion y la política que dan lugar á que falten todas las obras de edificacion ó las quitan

casi todo lo que tienen de edificante. Algunos veremos que, como Sigismundo, rey de Borgoña, no bien habian cometido la culpa, prorrumpieron en un dolor que no se calmaba con todas las obras de expiacion, y suplicaban eficazmente á la divina justicia que lavase su pecado con su sangre. Veremos á Childeberto que, habiendo manchado sus manos en la sangre de sus sobrinos, se detiene en la misma ejecucion de aquella maldad, y se aplica en todo el resto de su vida á consolar la Iglesia affligida por su enorme escándalo. La mayor parte de aquellos príncipes, al mismo tiempo que se abandonaban á sus pasiones, mostraban celo por toda especie de buenas obras que no se oponian á sus inclinaciones, y que no dejaban de contribuir al adelantamiento del servicio divino. De aqui nacieron tantos monasterios fundados con las riquezas suficientes para servir de asilo á la piedad de infinitos fieles, tantas iglesias edificadas y adornadas con magnificencia, tantos donativos é instituciones de toda especie para el buen orden y magestad del culto público.

Estos príncipes, aunque viciosos, gustaban de la virtud y la estimaban, veneraban á los Pastores y tomaban muchas veces sus consejos: libres, en su ignorancia, de nuestras eruditas paradojas y de nuestro pernicioso refinamiento, concebian al menos la estrecha conexion que habia entre los intereses de la Religion y los de sus coronas y la sumision de los pueblos; mantenian las costumbres, la disciplina y la obediencia debida á sus naturales depositarios, á tantos obispos venerables que á las regiones conquistadas envió entonces el Señor, tal vez con mayor abundancia que en ningun otro tiempo. Hablemos de solas las provincias de la Galia y apenas los podremos contar. ¿Qué pastores hubo mas dignos que San Avito de Viena, San Medardo de Noyon, San Gotardo de Ruan, los Santos German de Auxerre y German de Paris, San Lupo de Troyes, San Gregorio de Tours, San Pablo de Leon, San Ló de Coutances, San Sulpicio de Bourges, San Galo de Clermont, San Cesareo de Arlés, con otros infinitos y casi todos contemporáneos? Si la entrada y mezela de los bárbaros en la sociedad habia ocasionado relajaciones y des-

órdenes casi inevitables, ¿con qué vigilancia, prudencia y perseverancia infatigable, tanto en sus particulares diócesis, como en sus frecuentes Concilios, estudiaban los momentos mas preciosos, y elegian los medios mas adecuados á las circunstancias y á las personas para contener el progreso de los abusos, salvar del naufragio los preciosos restos que habian quedado de las antiguas reglas, é irse acercando insensiblemente al orden primitivo! Si usaban de indulgencia con los vencedores que acababan de pasar de la barbárie á la ley sublime de Jesucristo, no eran menos justas sus prudentes compensaciones. Sin faltar á las obligaciones indispensables, les indicaban, entre los caminos diferentes que llevan al mismo término, las sendas mas propias para que al fin llegasen á él.

El daño mayor que los bárbaros causaron á la Iglesia, fué sin contradiccion la decadencia de las ciencias y de los estudios, tan incompatibles con sus costumbres vagabundas, con sus perpétuas correrías y con sus tumultuarias expediciones. Lo que formaba el principal sostén de la fé y las costumbres desde que terminaron las persecuciones generales, esto es, el fruto de los sabios trabajos de los santos Padres y Doctores, se vió cuando menos despreciado de las nuevas naciones, si es que no incurrió tambien en el desprecio general que estas habian concebido de la cultura de las artes liberales: estas eran la ocupacion esclusiva de los vencidos, esto es, de los antiguos habitantes, y que participando del descrédito de los que á ella se dedicaban, la miraron los vencedores como un ejercicio de cobardía ó de molicie. Pero no sucede con las ciencias lo que con los imperios, cuya catástrofe puede verificarse con solo perder una batalla. Para que cayesen los estudios y las artes se necesitaron siglos enteros, y así no se efectuó hasta la segunda edad de la Iglesia. La primera edad de esta casi siempre fué igualmente luminosa en toda la estension de los seis siglos que abraza, y en la misma época de la invasion de los bárbaros derramó el cielo la doctrina y las luces con una profusion capaz de refluir hasta en los tenebrosos dias que naturalmente debian traer consigo tantas tempestades,